

EL PANORAMA ESTRATÉGICO MUNDIAL

(A la luz de Manuel García-Pelayo)¹

**Aníbal Romero
Profesor Titular de Ciencia Política
Universidad Simón Bolívar
Caracas, junio 2009**

Introducción.

Me propongo analizar en algunos de sus rasgos más relevantes el panorama estratégico mundial y sus perspectivas. Entiendo por “panorama estratégico mundial” la posición relativa de poder de los principales actores internacionales, con particular referencia a los Estados Unidos. Desarrollaré mi estudio en función de varios de los aportes teóricos que contiene la vasta y fecunda obra de Manuel García-Pelayo, persona a quien conocí, estimé y respeté, y quien me honró con su amistad. A través de este texto deseo rendir un homenaje a su memoria.

Mi objetivo no es pronosticar sino indagar acerca de situaciones ahora perceptibles y su probable evolución. No imitaré el estilo de ciertos informes de inteligencia estratégica global, o de populares reportes coyunturales sobre “mega-tendencias”,² que procuran predecir cómo será el mundo en cinco, diez o veinte años. Desde luego, formularé conjeturas, confío que adecuadamente argumentadas, en torno al rumbo que observo en los asuntos estratégicos internacionales, señalando probables consecuencias, pero siempre desde un ángulo teórico que intenta más bien comprender que pronosticar.

Los tres volúmenes que recogen la obra intelectual de García-Pelayo ponen de manifiesto su empeño en que el estudio de la realidad política, histórica o

¹ Conferencia pronunciada el día 30 de junio de 2009 en la Universidad Central de Venezuela, en el marco del ciclo de charlas organizado por la Fundación Manuel García-Pelayo.

² Por ejemplo, el Informe publicado por el National Intelligence Council de EEUU en diciembre de 2004: *Mapping the Global Future. The 2020 Global Landscape*, y el de la empresa consultora Ernst & Young, publicado en febrero de 2009: *Global Megatrends 2009*. Ambos pueden ser ubicados mediante la Internet.

contemporánea, se sustente en un enfoque teórico sólido y armoniosamente articulado. Mi intención en estas páginas, siguiendo ese ejemplo, es guiarme a través del complejo marco estratégico mundial haciendo uso de las reflexiones de García-Pelayo sobre el poder, los mitos políticos, y la estratificación de las potencias desde el punto de vista geopolítico.

La presentación se dividirá en cuatro secciones: En primer lugar haré un breve recuento del período de la Guerra Fría y las causas de su culminación, evidenciada en el fin de la Unión Soviética y la crisis del comunismo. En segundo lugar discutiré algunas de las más conocidas interpretaciones formuladas a raíz del fin de la Guerra Fría, acerca de las perspectivas que entonces parecían abrirse a la evolución de los asuntos mundiales. Luego abordaré los eventos del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington y sus consecuencias. Por último me colocaré en el presente, en los días que hoy vivimos, para analizar su carácter y significación y vislumbrar en lo posible, con base en una especulación razonada, la dirección que llevan.

¿Cómo y por qué terminó la Guerra Fría?

El período histórico conocido como “Guerra Fría” se extendió desde poco después del fin de la Segunda Guerra Mundial y llegó a su punto culminante en 1989, anunciado mediante el poderoso símbolo del derrumbamiento del Muro de Berlín. Sobre este desenlace se ha tejido una enrevesada maraña de interpretaciones, dominadas por la tesis de que la Unión Soviética colapsó debido fundamentalmente a causas internas.³ En lo esencial esta literatura pierde de vista que el fin de la URSS tuvo lugar no solamente debido a las severas vulnerabilidades, deficiencias y dificultades internas del régimen soviético y su agrietado aparato económico, sino también y en buena medida al impacto demoledor de una *estrategia deliberadamente ofensiva, dirigida no ya a “contener” al imperio soviético sino a hacerle retroceder y eventualmente eliminarlo*. Esta estrategia ofensiva, que se diferenció clara y explícitamente de

³ Para una interesante versión de esta tesis, pueden consultarse las memorias del por varias décadas Embajador soviético en Washington, Anatoly Dobrynin, **In Confidence** (New York: Times Books, 1995). Una revisión de la literatura en torno al tema, así como una discusión del problema, se encuentran en mi libro: **Disolución social y pronóstico político** (Caracas: Editorial Panapo, 1997), pp. 219-254

la anterior política de “contención” (defensiva), fue concebida, formulada y ejecutada durante la Presidencia de Ronald Reagan entre 1981 y enero de 1989, y la misma combinó componentes militares, políticos, diplomáticos, económicos y de propaganda psicológica y subversiva, que en conjunto asestaron un golpe decisivo a las corroídas estructuras del ineficiente y opresivo sistema de dominación comunista en Rusia y Europa oriental.⁴

Los obstáculos que numerosos analistas encuentran en el camino de apreciar en su justa dimensión este elemento *activo* de los procesos políticos, se derivan de una inadecuada comprensión del fenómeno del *poder*. Me refiero a un elemento activo derivado de la *voluntad* y puesto en movimiento por individuos decididos a cambiar el curso de la historia. En tal sentido, García-Pelayo señala que el poder es “la capacidad de convertir posibilidades en realidades mediante la aplicación de energía”, y distingue entonces entre el concepto de poder y el de energía, indicando sobre esta última que es: “la capacidad o fuerza apta para lograr un resultado, es decir, para conseguir un objetivo (consistente en la conservación o en el cambio de un estado de cosas) venciendo las posibles resistencias”. Resulta por tanto clave asimilar la diferencia entre, de un lado, el concepto de *poder*, que incluye la existencia de un sujeto o actor del poder al que corresponde tomar decisiones sobre los objetivos a conseguir y acerca del *quantum* necesario de aplicación de energía para conseguirlos, y de otro lado el concepto de *energía*, que no decide por sí mismo sobre el objetivo ni las modalidades de su aplicación, y que es “un potencial o *stock* de recursos para la acción”, empleada por quien dispone de ella.⁵

Con base en la mencionada distinción entre poder y energía, García-Pelayo resaltaba (en 1974) el hecho de que “nunca como ahora han dispuesto las grandes potencias de tanta fuerza, de tanto *stock* para la acción, de tanta energía objetivada en hombres y sobre todo en mecanismos. Por consiguiente nos inclinaríamos a afirmar que nunca las grandes potencias han sido más

⁴ Sobre este punto es de indispensable consulta el estudio de Norman A. Bailey, **The Strategic Plan That Won The Cold War** (McLean, Virginia: The Potomac Foundation, 1998).

⁵ Manuel García-Pelayo, *Esquema de una introducción a la teoría del poder*, en, **Obras Completas** (Madrid: Centro de Estudios Constitucionales, 1991), Vol. II, pp. 1891, 1902

poderosas que ahora; pero lo cierto es que ha sucedido lo contrario, pues, precisamente las tremendas posibilidades destructivas de la energía almacenada...tienen como resultado la inhibición de su empleo ya que...su aplicación efectiva conllevaría el riesgo de la destrucción de los mismos que la emplearan...”⁶

Esta inhibición fue característica de la política exterior y militar estadounidense durante buena parte de la Guerra Fría, cuya evolución podemos dividir en tres etapas. En su primera fase, entre 1947 y 1953, se definieron los campos en pugna y se estableció la “cortina de hierro” o línea divisoria entre Occidente y el mundo comunista. La segunda y más larga fase, entre 1953 y 1981, fue de “contención” o “coexistencia pacífica”, caracterizada del lado occidental por estrategias primordialmente defensivas: cada vez que los soviéticos avanzaban en algún ámbito de la línea divisoria Este-Oeste, la nueva correlación de fuerzas era admitida por Occidente, de modo que la “línea divisoria sólo se movía en una dirección”.⁷ La tercera y decisiva fase, entre 1981 y 1989, estuvo definida por la crucial decisión de Ronald Reagan y sus asesores de *cambiar la estrategia defensiva de “contención” a una estrategia ofensiva, dirigida a transformar el status quo y lograr la victoria sobre la URSS y el mundo comunista*. En otras palabras, Reagan, como sujeto o actor del poder, en los términos que usa García-Pelayo, optó por cambiar el objetivo, formulando, diseñando y ejecutando un cambio radical del paradigma estratégico mediante el cual Estados Unidos asumía y llevaba a cabo hasta entonces la Guerra Fría contra el imperio soviético. El nuevo paradigma exigió a su vez una reorganización y reconfiguración del *stock* de energía que Washington estaba dispuesto a invertir y emplear, ya no para contener a la URSS *sino para derrotarla*.

Los diversos componentes de esta estrategia, su concepción básica, y la descripción de sus aspectos políticos, diplomáticos, económicos, militares y de propaganda y subversión, fueron plasmados en las *Directivas de Seguridad Nacional # 66 y # 75*, rubricadas por el Presidente Reagan en noviembre de

⁶ *Ibid.*, p. 1902

⁷ Bailey, p. 4

1982 y enero de 1983, respectivamente. Las mismas están reproducidas en el citado estudio de Bailey (ver nota # 4), y el lector interesado puede también consultarlas en la Internet.

Estos documentos constituyen una extraordinaria ilustración de lo que García-Pelayo califica como “energía personal”, que es uno de los ingredientes menos tangibles pero usualmente más importantes en la configuración del poder y en la dinámica de la correlación de fuerzas en determinadas coyunturas históricas. La energía, explica García-Pelayo, puede tener carácter personal y carácter objetivado. En el primer sentido “implica no sólo el deseo de mantener en forma o, por el contrario, alterar el estado de cosas existente, sino también el *élan vital*, la voluntad, la constancia y el valor para llevar a cabo todas las acciones necesarias para la consecución de tales objetivos, por penosas que sean, y para asumir las responsabilidades que de dichas acciones puedan derivarse...” Esa energía personal es, en última instancia, una “cualidad de carácter”,⁸ que no puede ser medida o evaluada a la manera de objetos materiales como, por ejemplo, tanques de guerra, aviones y buques de combate en el campo militar. Por otra parte, la “energía objetivada” no es subjetiva ni una cualidad de carácter, sino el conjunto de instrumentos organizativos y materiales a disposición del sujeto del poder.

En este orden de ideas, Las mencionadas *Directivas de Seguridad Nacional* muestran que con Reagan entró a funcionar como factor clave de la ecuación del poder una energía personal novedosa, que condujo al Presidente estadounidense a cambiar el objetivo de la “contención” a la “victoria”, a generar los recursos necesarios (“energía objetivada”) para lograr las nuevas metas, y a promoverlas para asegurar el respaldo interno al esfuerzo económico y militar que requería su original propósito. Todo ello se derivó de su convicción, expuesta en un discurso pronunciado el 8 de marzo de 1983, de acuerdo con la cual “el comunismo es otro triste y bizarro capítulo de la historia humana, cuyas últimas páginas se están ahora escribiendo. Lo creo así porque la raíz de nuestra fuerza en la búsqueda de la libertad no es material sino

⁸ García-Pelayo, *Esquema*....., p. 1905

espiritual. También porque esa búsqueda no conoce limitaciones, atemoriza a aquéllos que pretenden esclavizar al ser humano y triunfará sobre ellos”.

Estas palabras, y muchas otras del mismo tono y contenido, que en ese tiempo pronunció Reagan y que incluyeron su definición de la URSS como “el Imperio del mal”, suscitaron inicialmente las burlas tanto de los soviéticos como de muchos de sus compatriotas y de la opinión bienpensante en Occidente, que por décadas habían estado dispuestos y en ocasiones deseosos de convivir con un estado de cosas que significaba la opresión y la miseria para centenares de millones de personas. De Reagan se mofaron hasta el cansancio, pero este político tan subestimado fue capaz de hacer lo que otros jamás se atrevieron siquiera a contemplar. Esa “cualidad de carácter” suya jugó un papel decisivo en torcer el rumbo de la historia.

No puedo detenerme acá en los detalles de la estrategia de victoria de Reagan, que se encuentran bien explicados en las *Directivas* citadas. No obstante, cabe referirse brevemente a que Reagan consideró que EEUU no debía, por razones éticas y militares, continuar basando su relación estratégica con la URSS en la doctrina nuclear de “destrucción mutua asegurada” (MAD), pues la misma exigía que tanto EEUU como la URSS buscasen su seguridad precisamente admitiendo la vulnerabilidad de sus ciudadanos a un masivo ataque atómico del contrario. De allí la decisión de Reagan de proceder al desarrollo del programa de defensa antimisilístico conocido como “guerra de las galaxias” o *Star Wars*.⁹ Este programa militar, que demandó la inversión de grandes recursos financieros y de otro tipo, y que potenció la enorme ventaja tecnológica, especialmente en el terreno de la informática, que EEUU ya tenía sobre la anquilosada URSS, desequilibró agudamente el balance de poder y constituyó el empuje final que se requería para quebrar las muy debilitadas condiciones económicas de un Imperio con pies de barro, así como la vulnerada voluntad de sus líderes.

⁹ Véase al respecto el estudio, *Hacia la guerra de las galaxias*, incluido en mi libro **Tiempos de conflicto** (Caracas: Ediciones de la Asociación Política Internacional, 1986), pp. 248-262

Ahora bien, quiero insistir en que sin la intervención de esa “energía personal” y sus impactantes consecuencias, la URSS bien podría haber prolongado por años su existencia, pues los eventos históricos no ocurren por arte de magia ni como el mero producto de fuerzas objetivas e impersonales, sino que tienen lugar como el producto de una compleja y variable interacción de factores subjetivos y objetivos, espirituales y materiales, cuya conjugación y efectos concretos son siempre peculiares al tiempo y circunstancias en que se patentizan. Sin duda, ya para el momento en que Reagan asumió la Presidencia estadounidense, la URSS presentaba significativas fallas y grietas estructurales en diversos planos, pero no podemos perder de vista que seguía siendo una superpotencia en el campo militar, que dominaba gran parte de Europa y alcanzaba con sus tentáculos el mundo entero. La estrategia ofensiva de Reagan cambió la correlación de fuerzas e hirió mortalmente la voluntad de poder de las élites soviéticas, que al final, con Gorbachov a la cabeza, optaron por admitir el fracaso del comunismo y permitir el desmantelamiento de su Imperio.

Las ilusiones perdidas.

El fin de la Guerra Fría asestó un duro golpe al mito comunista, pero a pesar de las ilusiones que algunos se hicieron al respecto, la caída del Imperio soviético no transformó decisivamente aspectos esenciales de las relaciones internacionales, de la política, y mucho menos de la naturaleza humana en su complicado, bamboleante y sinuoso rumbo histórico. Respetados pensadores han descrito los años noventa del pasado siglo como una especie de paraíso liberal y pacífico, aunque las realidades concretas distaron bastante de asemejarse a esa imagen, tan idealizada como distorsionada.¹⁰ Quizás una de las piezas intelectuales más representativas de las ilusiones que suscitó el fracaso soviético fue el famoso artículo de Francis Fukuyama (publicado inicialmente en 1989 y luego ampliado como libro), titulado: *¿El fin de la*

¹⁰ Esta interpretación sesgada del mundo durante los años de Bill Clinton como Presidente estadounidense, se halla reflejada en el estudio de G. John Ikenberry, “Liberal International Theory in the Wake of 9/11 and American Unipolarity”, paper prepared for a Seminar on *Theory, Unipolarity and September 11th –Five Years On*, NUPI, Oslo, Norway (February 3-4, 2006).

historia?¹¹ La muy amplia y en ocasiones confusa discusión acerca de lo que realmente quiso decir Fukuyama, tiene que ver sobre todo con los contenidos de su libro de 1992, repleto de oscuras referencias a Hegel. No obstante, su artículo original deja poco espacio a equívocos, y pone de manifiesto una visión bastante ingenua y excesivamente optimista sobre la historia y el porvenir. En síntesis, Fukuyama se planteó la posibilidad de que, con el presunto colapso final del comunismo y el triunfo del Occidente liberal-democrático y capitalista en la Guerra Fría, algo “fundamental” había acontecido en la historia mundial. A su modo de ver, se había producido “el agotamiento total de alternativas viables y sistemáticas al liberalismo occidental”, lo cual concedía al fin de la Guerra Fría el carácter no de un mero episodio de la historia de la postguerra (se refiere a la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial), sino que se trataba “del fin de la historia como tal: es decir, el punto final de la evolución ideológica de la humanidad y la universalización de la democracia liberal occidental como la forma última del gobierno humano”. De inmediato Fukuyama aclaró que no se refería al fin de los *eventos* históricos, sino a una victoria del liberalismo y la democracia tan decisiva y crucial en el plano de las ideas y la conciencia, que otorgaba razones para pensar que ese ideal se impondría también sobre la realidad material “en el largo plazo”.

Para los propósitos de esta conferencia, carece de sentido perderse en una discusión en torno a tales planteamientos, o de cuán largo podría ser el “largo plazo” que tenía en mente Fukuyama, excepto para exponer ciertas fallas de su argumento. La primera se refiere a la subestimación que revela su tesis, basada en una filosofía hegeliana de la historia como producto de la “astucia de la razón” y el inevitable desenlace de fuerzas objetivas,¹² acerca del papel de la “cualidad de carácter”, o en otras palabras, de los factores personales y la intervención del individuo en el curso de los acontecimientos históricos. Esa subestimación, en el caso de Fukuyama y otros estudiosos, se deriva de una interpretación estrecha de las causas que originaron el fin la Guerra Fría y dieron lugar al desenlace específico que la misma tuvo. La minimización del

¹¹ Francis Fukuyama, *The End of History?*, **The National Interest**, Summer 1989. El libro posterior se titula: **The End of History and the Last Man** (New York: Avon Books, 1992).

¹² Puede hallarse un resumen de la filosofía de la historia de Hegel en mi estudio, *la filosofía de la historia*, incluido en el libro, **Sobre historia y poder** (Caracas. Editorial Panapo, 2000), pp. 1-44

papel de Reagan y del impacto de programas como el de “guerra de las galaxias” ha sido común en la literatura sobre el tema, y Fukuyama no escapa a ello. Por otra parte, en su evaluación acerca del presunto triunfo ideológico del modelo democrático-liberal y capitalista, Fukuyama subestimó la persistencia del mito socialista y en general de las fórmulas colectivistas de organización social y económica, así como las dificultades de muchos para asumir la libertad individual y sus secuelas en la economía de mercado y el imperio de la ley (“rule of law”).

El mito socialista, como he sostenido en otros escritos, es “inmortal” en cuanto que responde a anhelos y pulsiones emocionales que hunden sus raíces en estratos no-rationales del espíritu humano.¹³ De hecho, como podemos observar actualmente en nuestro propio país, a pesar del reiterado fracaso de los experimentos socialistas en todas partes donde han sido ensayados, y más específicamente, a pesar de la tragedia que ha significado el despotismo castrista para el pueblo cubano, el régimen que hoy gobierna en Venezuela enarbola el llamado “socialismo del siglo XXI” como su mapa ideológico y horizonte de expectativas, y el propio Presidente de la República se refirió en una ocasión al derrumbe de la URSS como una “desgracia” para la humanidad. Cabe añadir que Fukuyama, de su lado, sobrestimó el atractivo que el ideal de la libertad puede tener para numerosas personas, que prefieren las seguridades colectivistas, o que en todo caso, como puede constatarse en diversas zonas del mundo, sienten temor ante los procesos de modernización que demanda la libertad del individuo, y desconfían de las responsabilidades que tal libertad exige. Por ello escogen más bien cobijarse bajo la estabilidad de estructuras e instituciones tradicionales que ofrecen seguridad y sosiego.¹⁴

Como con razón aseveró Max Beloff, en el marco de un simposio convocado por la revista *Encounter* en 1990 sobre la “muerte del comunismo”, existía un problema con las exageradas esperanzas que no pocos se hicieron, sobre la verdadera medida en que el mito del socialismo había sido presuntamente

¹³ Véase mi artículo, *Socialismo, mito inmortal*, anibalromero.net, sección Artículos de Prensa, junio 2009

¹⁴ Sobre estos puntos, creo que sigue teniendo vigencia el esclarecedor libro de Erich Fromm, **El miedo a la libertad** (Buenos Aires, Editorial Paidós, 1974), pp. 62-126

eliminado con la caída de la URSS, y sostuvo que: “No podemos confiar en que las cosas se enderecen a menos que el socialismo en sí mismo sea totalmente repudiado como idea...”¹⁵ Lejos de haber ocurrido semejante repudio radical del socialismo, el mito sobrevive en diversas versiones, y retorna una y otra vez, tropezando con los mismos obstáculos y generando iguales miserias, a pesar de todo lo cual continúa latiendo en los corazones, calentando las mentes y estimulando las esperanzas de millones.

Estas consideraciones me llevan a abordar con mayor detenimiento el tema de los mitos políticos, en torno al cual García-Pelayo escribió profusamente con erudición y originalidad. En sus diversos estudios sobre la cuestión, García-Pelayo siempre enfatizó que mito y razón son “dos formas de estar y de orientarse en el mundo”, que si bien poseen sus propios rasgos y funciones, deben ser consideradas válidas en cuanto tales.¹⁶ En ese sentido cabe enfatizar, con respecto a los mitos, que la pregunta correcta no es: ¿son verdaderos?, sino ¿qué papel cumplen?¹⁷ El mito “no trata de satisfacer una necesidad de conocimiento y de conducta racionales, sino una necesidad existencial de instalación y de orientación ante las cosas, fundamentada en la emoción y en el sentimiento y, en algunos casos, en profundas intuiciones...”, todo lo cual no excluye que un mito político pueda incluir “algunos componentes racionales”.¹⁸ Pienso, siguiendo estas ideas, que conceptos políticos que se expresan en la acción práctica de masas, como el comunismo y la democracia, por ejemplo, tienen contenidos míticos y son también cuerpos teóricos de sólida articulación racional, cumpliendo en diversos ámbitos las funciones políticas que García-Pelayo atribuye a los mitos: A) Integradoras. Un mito político como el del “poder democrático del pueblo” tiene que ser vivido, y sólo se le vive “cuando se participa en él”. En su papel integrador los mitos funcionan como refugio, como protección contra la desesperanza, y en ocasiones como sustitutos ilusorios de una impotencia real. B) Movilizadoras: la participación en el mito, como por ejemplo el del socialismo, moviliza a las personas “para la acción o para la pasión”, les proporciona “esperanzas y fe en

¹⁵ Max Beloff, “A Premature Obituary?”, *Encounter*, July-August 1990, p. 5

¹⁶ M. García-Pelayo, *Mito y actitud mítica en el campo político*, **Obras Completas**, Vol. III, p. 2728

¹⁷ S. H. Hooke, **Middle Eastern Mythology** (Harmondsworth: Penguin Books, 1963), p. 11

¹⁸ García-Pelayo, *Mito...*, p. 2736

lo que indudablemente ha de venir, les sostiene en los desfallecimientos, les hace potenciar su esfuerzo, promueve el heroísmo o el martirio...” C) Esclarecedoras: Los mitos políticos, como por ejemplo el de “unidad nacional”, contribuyen a esclarecer “lo que las gentes sienten y desean en forma vaga, inconcreta y difusa, así como proporcionar un esquema interpretativo...y con ello unas pautas de orientación...”¹⁹

Las reflexiones de García-Pelayo contribuyen a aclarar que una de las debilidades del análisis de Fukuyama, se encuentra precisamente en la subestimación del papel de los mitos en la realidad política. Para grandes naciones como Rusia y China, y para amplios sectores de civilizaciones como la islámica, el aparente triunfo de la democracia liberal y del capitalismo, con toda su fuerza modernizadora y destructora de esquemas y conductas tradicionales, significaba una situación desafiante, desestabilizadora, y a fin de cuentas inadmisible, pues la misma implicaba el desarraigo con respecto a vínculos emocionales esenciales, cuyas funciones integradoras, movilizadoras y esclarecedoras no podían ser sustituidas excepto a costa de grandes sacudidas sociales y psicológicas. De allí que en la propia década de los años noventa del pasado siglo, y cuando aún palpitaban las ilusiones que la caída del muro de Berlín había suscitado, el nacionalismo, las ideologías, las luchas de intereses geopolíticos, los mitos y las confrontaciones levantaban de nuevo la cabeza. Rusia se rehusaba a convertirse en una pieza más del Occidente capitalista, China tomaba el rumbo de modernizarse económicamente preservando el modelo autoritario y remozando esquemas básicos de sus tradiciones sociales, enfrentando con creciente asertividad la primacía estadounidense en Asia. De su lado, las fuerzas fanatizadas del islamismo fundamentalista, sacudidas por el impacto de la modernidad sobre sociedades renuentes a aceptarla sin experimentar en el proceso significativas convulsiones, desataban las primeras escaramuzas del *jihad* o “guerra santa” contra Occidente. Entretanto, la globalización económica y el proceso de expansión de las prácticas democráticas y de la libertad individual comenzaban

¹⁹ *Ibid.*, pp. 2737-2738 Con relación a los mitos políticos, puede también consultarse mi libro, ya citado, **Disolución social y pronóstico político**, pp. 58-72

a encontrar mayores obstáculos y a generar reacciones crecientemente adversas en diversas regiones del mundo.

En este orden de ideas, cabe precisar que no todos los estudiosos de la historia y las relaciones internacionales asumieron con la misma ilusa ingenuidad de Fukuyama el posible significado del fin de la Guerra Fría y el comunismo soviético. En otro no menos famoso artículo de 1993, también ampliado posteriormente en un libro, Samuel Huntington presentó un paradigma alternativo para observar y analizar los procesos que comenzaban a madurar durante esa década. Considero de interés comentar brevemente los puntos de vista de Huntington, pues los mismos muestran aciertos y limitaciones que de igual modo ayudan a esclarecer lo que ocurrió y ocurre.

La hipótesis central de Huntington se resume así: la principal fuente de conflicto de las relaciones internacionales después del fin de la Guerra Fría no será ideológica o económica, sino cultural: “Los Estados-nación permanecerán como los más importantes actores en el escenario mundial, pero los conflictos primordiales de la política global tendrán lugar entre naciones y grupos de diferentes civilizaciones. El choque de civilizaciones definirá las líneas de batalla del futuro”.²⁰ En su libro, Huntington amplió considerablemente los argumentos del artículo, explicando con mayor detalle su concepto de “civilización” y desarrollando exhaustivamente algunas tesis complementarias, que no resulta necesario discutir acá. Lo que me importa destacar, para los efectos de esta charla, son dos puntos. En primer término, reconocer que Huntington enfocó con lucidez un aspecto relevante de las relaciones internacionales contemporáneas. Si bien su tesis central presenta dificultades, la misma es no obstante útil vista como una especie de lente, de paradigma general, de perspectiva desde la cual abordar la realidad actual, especialmente en lo que se refiere a amplios sectores de la civilización islámica y su crisis interna, enfrentados a la modernidad globalizadora. Huntington contribuyó a aclarar que una de las líneas divisorias entre diversas “civilizaciones” separa la modernidad de las formas más tradicionales de organización social. Otra línea

²⁰ S. Huntington, *The Clash of Civilizations?*, **Foreign Affairs**, Summer 1993

divisoria, desde luego, es la que confronta la democracia de contenido liberal y el autoritarismo. De cierta manera, los ataques terroristas en Nueva York y Washington en septiembre de 2001, dieron relieve a la tesis de Huntington sobre el “choque de civilizaciones”, en cuanto que tales eventos pusieron de manifiesto la profunda crisis de amplios sectores del mundo islámico en el marco de la globalización modernizadora de nuestros días.

En segundo lugar, sin embargo, el libro que Huntington publicó en 1996 presenta a mi modo de ver limitaciones similares a las de Fukuyama, en lo que tiene que ver con la subestimación de la importancia de los mitos políticos. En el caso de Huntington tal falla se expresa en dos planos. Por una parte, Huntington sostuvo que en el mundo emergente de conflictos étnicos y choques entre civilizaciones, la creencia occidental en la universalidad de nuestros valores (la democracia, la libertad, los derechos humanos, la propiedad privada, el imperio de la ley, la división y limitación de poderes), sufre de tres problemas: “es falsa, es inmoral, y es peligrosa”.²¹ Es falsa, argumenta, porque de hecho el mundo es multicultural. Es inmoral porque la concreción de semejante universalismo a escala global exige una política imperialista. Y es peligrosa porque podría llevar a grandes conflictos y quizás a la derrota final de Occidente.²² Por otra parte, y en función de lo anterior, Huntington cuestiona la vertiente intervencionista de la política exterior de Occidente en general, y de los Estados Unidos en particular, proponiendo más bien una especie de división de esferas de influencia entre civilizaciones, a objeto de resguardarlas en sus propios nichos y evitar los conflictos. No obstante, y con sorprendente idealismo en vista de sus opiniones más bien pesimistas o escépticas, Huntington sugiere que el manejo de las diferencias internacionales en este escenario de múltiples civilizaciones, se sustente en “el esfuerzo por parte de los pueblos de todas las civilizaciones dirigido a expandir los valores, instituciones y prácticas que tienen en común con los de otras civilizaciones”, concluyendo que: “El futuro de la paz y de la Civilización depende del entendimiento y cooperación entre los líderes políticos,

²¹ S. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* (New York: Simon & Schuster, 1996), p. 310

²² *Ibid.*, pp. 310-311

espirituales e intelectuales de las principales civilizaciones mundiales”.²³ Sin ánimo de irrespetar a un autor serio y decente como Huntington, cuyo reciente fallecimiento ha sido con razón muy lamentado, cabe decir que estas frases finales de su libro pecan de ingenuidad.

Ahora bien, lo que deseo cuestionar es la propuesta aislacionista de Huntington con respecto a la política exterior de Estados Unidos. Como es sabido, por muchos años y sobre todo hasta la Primera Guerra Mundial, el aislacionismo, es decir, el deseo encarnado en una política de distanciarse del mundo y “dejar hacer, dejar pasar”, jugó un muy importante papel en las relaciones exteriores estadounidenses. Sin embargo, las experiencias del siglo XX, la Segunda Guerra Mundial, los totalitarismos fascista y nazi, el totalitarismo comunista y la Guerra Fría, exigieron de Washington una respuesta activa y un compromiso sistemático y permanente con los asuntos globales. En términos prácticos el aislacionismo dejó de ser una opción viable, pero en el plano psicológico y en las aspiraciones de algunos intelectuales como Huntington, esa vocación de encerrarse, de evitar situaciones complicadas y conflictivas, de “cultivar el jardín propio” y permitir que los otros cultiven el suyo, es recurrente dentro del panorama político y cultural estadounidense.

En efecto, la política exterior que Huntington prescribe para Washington en su libro, ante el desafío que en su opinión representa el cambio en la correlación de fuerzas global adverso a Occidente y Estados Unidos, se sintetiza así: “No intentar detener el viraje en la balanza de poder, sino aprender a navegar en aguas pantanosas, soportar las miserias, moderar las aventuras, y salvaguardar su cultura”.²⁴ Semejante fórmula, que a mi manera de ver no es más que una receta para la pasividad, no solamente pierde de vista las insalvables e inevitables responsabilidades que su condición de única superpotencia coloca sobre los hombros de los Estados Unidos, sino que

²³ *Ibid.*, pp. 320-321. Es de interés constatar que este tipo de propuesta, que atribuye a los “mejores”, los presuntamente más inteligentes, sabios y preparados, la capacidad para establecer el orden y la paz, se repite con insistencia en el pensamiento occidental, desde Platón y su “filósofo-rey” hasta nuestros días. Una expresión particularmente ilustrativa de tal tendencia se encuentra en los escritos de Einstein. Véase: Albert Einstein, **Mi visión del mundo** (Barcelona: Tusquets Editores, 2000), pp. 60-61

²⁴ *Ibid.*, p. 311

contribuye a restar legitimidad al necesario compromiso que la política internacional de una gran nación democrática debe mantener con los principios que la conforman y guían.

Hay dos tipos de idealismo: uno que se basa en la ingenuidad y pretende la utopía, y otro que toma en cuenta que los seres humanos no solamente vivimos de estímulos materiales, sino también de valores y principios que tienen que formar parte de una equilibrada y completa evaluación de la realidad en su conjunto. Este segundo tipo de idealismo no debería jamás estar ausente como uno de los componentes de la política exterior de una superpotencia liberal-democrática. Y es por todo esto que sostuve que, a la manera de Fukuyama, también Huntington subestima la relevancia de los mitos políticos y su papel de integración, movilización y esclarecimiento. Más adelante en esta presentación tendré oportunidad de hablar acerca de la “capitulación preventiva” de Occidente ante los actuales desafíos. Por los momentos, señalo que la política que prescribe Huntington, en caso de ser asumida por Washington y el resto del Occidente liberal-democrático y capitalista, debilitaría el apego de nuestras sociedades a sus principios fundamentales así como su proyección internacional, que debe estar vinculada y animada por un ideal y una propuesta. Lo contrario sería comportarse estrictamente según los dictados de una árida y estrecha *realpolitik*, que en un mundo como el que conocemos, en el que las líneas divisorias entre democracia y autoritarismo y entre modernidad civilizada y barbarie siguen vigentes, y en torno a las cuales se juegan la libertad y el destino de millones de seres humanos, llevaría a una masiva claudicación de responsabilidades.

La libertad y la democracia son dos poderosos mitos políticos, en el sentido amplio que hemos dado aquí al término y siguiendo con ello las ideas de García-Pelayo. Así como el comunismo constituyó por décadas un potente mito y una atrayente utopía, por el que millones se sacrificaron en vano, en nuestros días la libertad y la democracia siguen siendo un faro que orienta los esfuerzos y suscita las esperanzas de gran parte de la humanidad. Una cosa es respetar otras culturas y otra distinta es establecer una especie de equivalencia moral de todas las civilizaciones, modos de organización social y sistemas políticos.

Durante la Guerra Fría, la fortaleza de Occidente estuvo en preservar el apego a sus valores fundamentales, y en el enfrentamiento entre la libertad y el comunismo la fuerza del ideal democrático y humanista tuvo mucho que ver con el eventual deterioro y derrota del totalitarismo colectivista. En los tiempos que corren resulta paradójico constatar, dado que Huntington es visto como un académico “de derecha” y conservador, que la actual política de Barack Obama, un político que proviene de los sectores de izquierda del partido Demócrata, proclama un “realismo” en muchos sentidos semejante al sugerido por Huntington, hasta tal punto que en un reciente discurso pronunciado en El Cairo (04 de junio de 2009), Obama expuso una versión de multiculturalismo que no sólo colocó al Islam, en sus aspectos políticos, en un plano de equivalencia moral con el Occidente liberal-democrático, sino que fue más allá en una asertiva defensa de los valores islámicos y del papel de esa civilización en la creación del mundo moderno. Este tema será objeto de una más extensa consideración en otra sección del texto.

Desafortunadamente, el período que se extendió entre la caída del Muro de Berlín y los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 se caracterizó, en lo que a Estados Unidos se refiere, por la complacencia sobre las relaciones internacionales y por su banalización, así como por el sistemático debilitamiento de las fuerzas armadas y servicios de inteligencia de la gran potencia. Ya a esta distancia se ha olvidado que el Presidente George W. Bush, que asumió el poder al despuntar el nuevo siglo, basó su campaña en la promesa de una política exterior cautelosa, de objetivos limitados, prudente y “realista”, temas que iban acompañados de una consigna que ofrecía “conservatismo con compasión”. Los ataques de Al Qaeda en Nueva York y Washington torcieron el rumbo de la historia, pues Bush y su equipo, empujados por una inmensa corriente de opinión que exigía respuestas claras y firmes ante el ultraje terrorista, se vieron forzados a reconsiderar a fondo su visión de las cosas, y a dar inicio a una etapa de intenso activismo internacional, cuyas diversas implicaciones ahora estudiaremos.

El mensaje de las Torres Gemelas.

Todavía es temprano para un juicio definitivo acerca del impacto histórico de los ataques terroristas en Nueva York y Washington, el 11 de septiembre de 2001. ¿Comenzó allí y entonces otra época de las relaciones internacionales? Según García-Pelayo, basándose a su vez en las reflexiones de E. Bayer, el concepto de “época” incluye: a) un punto temporal en el que aparece un nuevo acontecimiento, que da al curso de las cosas una nueva dirección, y b) un espacio de tiempo dominado por los efectos de tal acontecimiento y que puede ser considerado como una unidad.²⁵ Desde esta perspectiva, podemos por ahora afirmar que en algunos aspectos fundamentales, los eventos mencionados abrieron las puertas a un nuevo tiempo con peculiaridades propias, y que en medida importante tales eventos continúan marcando el rumbo de los sucesos mundiales.

Para empezar, los ataques terroristas de 2001 sacudieron, al menos por unos meses, la complacencia de lo que Bergson había llamado “la civilización afrodisíaca”,²⁶ es decir, la complacencia de un Occidente que luego del fin de la Guerra Fría perdió el sentido de lo trágico, y se ajustó cómodamente a lo que parecía un largo período de orden y paz a nivel global. Comparto por ello la observación de Robert Kagan, quien en un ensayo de 2007 señaló que la extendida e inclemente reacción negativa, prácticamente a escala mundial, contra la guerra de Irak y en general contra los EEUU en los tiempos de G. W. Bush, se explica al menos en parte porque las decisiones del Presidente norteamericano, luego del 11 de septiembre de 2001, significaron el amargo despertar de un sueño plácido, y no somos propensos a perdonar a quienes nos aquejan de esa manera. Quizás el paso del tiempo evidencie que las políticas de Bush no fueron erradas, pero para mucha gente en todas partes tales políticas, asertivas y contundentes, parecieron fuera de lugar en un mundo que, presuntamente, había cambiado.²⁷

²⁵ M. García-Pelayo, *Defensa nacional y problemas estratégicos en la época tecnológica*, **Obras Completas**, Vol. III, p. 2833

²⁶ Me topé con esta lúcida frase de Bergson en el tomo II de las memorias del escritor húngaro Sándor Márai: **¡Tierra, tierra!** (Barcelona: Ediciones Salamandra, 2006), p. 103

²⁷ Robert Kagan, *End of Dreams, Return of History*, realclearpolitics.com, July 19, 2007

A mi modo de ver, el mensaje central que transmitieron los acontecimientos de septiembre de 2001 fue, de un lado, que el mundo no había cambiado tanto como algunos suponían, y de otro lado que amplios sectores en el mundo islámico se encuentran sumidos en una crisis profunda, derivada de sus grandes dificultades para responder creativamente ante los desafíos de la globalización modernizadora, proceso que impone unas demandas crecientemente traumáticas a un conglomerado social y religioso aún premoderno en ámbitos clave de su existencia.

Este aspecto crucial del problema fue agudamente captado por el conocido filósofo alemán Jürgen Habermas, quien destacó la “reacción de rechazo y temor que provoca el violento desarraigo de las formas de vida tradicionales”, así como la contradictoria reacción del mundo árabe-islámico frente a la poderosa influencia de los Estados Unidos: “Con su avanzado desarrollo, al que es imposible dar alcance, y su abrumadora superioridad tecnológica, económica y político-militar, la superpotencia es una humillación para la propia autoestima y al mismo tiempo un modelo secretamente admirado”.²⁸

No puedo detenerme acá a comentar las consideraciones de Habermas, sustentadas en un idealismo post-kantiano tan sublime como inviable, pero sí importa discutir dos puntos: Por un lado, Habermas percibió un aspecto muy relevante de la situación ante la que Washington se vio forzado a reaccionar esos días de 2001: “Es cierto, escribe, que la indeterminación del riesgo pertenece a la esencia del terrorismo. Pero los escenarios de una guerra biológica o química que han dibujado...los medios de comunicación...o las especulaciones sobre terrorismo nuclear, *sólo delatan la incapacidad del gobierno para determinar siquiera la magnitud del riesgo.*”²⁹ En efecto, esa *incertidumbre* explica muchas cosas: tanto el apoyo que el pueblo estadounidense dio inicialmente a Bush en cuanto a Irak y Afganistán, como los interrogatorios severos” a que fueron sometidos algunos de los sospechosos capturados durante las semanas y meses inmediatamente posteriores a los ataques. Desde luego, cuando las cosas no marcharon como se esperaba, y en

²⁸ J. Habermas, **El Occidente escindido** (Madrid: Editorial Trotta, 2006), pp. 20-21

²⁹ *Ibid.*, p. 17

vista de que los peores escenarios no se concretaron (quizás porque las políticas de Bush tuvieron éxito), le gente olvidó, y hoy día el Presidente Obama dice que cerrará la prisión de Guantánamo, en tanto que algunos procuran acusar a los miembros de la CIA, que intentaban obtener alguna información para evitar una pesadilla, de torturadores. Por otro lado esa *incertidumbre*, según Habermas, podía conducir “a una nación amenazada, que sólo puede reaccionar a esos riesgos indefinidos con los medios del poder organizado del Estado, a la penosa situación de incurrir posiblemente en una reacción excesiva, sin poder saber que la reacción es excesiva, dada la insuficiencia de las informaciones de que disponen los servicios secretos”.³⁰ Esto último me parece acertado, y cabe preguntarse: ¿Fue una reacción excesiva invadir Irak y Afganistán, y someter a una sociedad abierta como EEUU a mayores controles y vigilancia para impedir nuevos ataques terroristas? Las respuestas a estas preguntas aguardan el juicio de la historia.

No obstante, desde un primer momento luego de los ataques del 11 de septiembre pudo notarse, en particular en lo que concierne a Europa, la presencia de un *abismo entre la magnitud del ultraje y la disposición efectiva a actuar*, y no sólo *conmoverse* ante el mismo. Los europeos, sobre todo los gobiernos francés y alemán, se refugiaron en el tema de la *legitimidad*, inquietos ante la posibilidad de perder sus jugosos negocios con el Irak de Saddam Hussein, y a la vez atemorizados ante lo que denominaban “unilateralismo” por parte de Washington. En realidad, Estados Unidos no actuó unilateralmente en Irak y Afganistán, pues contó y sigue contando con el respaldo de varios aliados, aún más numerosos de los que tuvo el otro Bush (padre) en su invasión a Panamá o Clinton en la de Haití. La idea de que la invasión a Irak careció de legitimidad por no haber contado con la aprobación del Consejo de Seguridad de la ONU no fue aplicada por los europeos al caso de Kosovo, cuando intervinieron (con armas y tropas primordialmente norteamericanas, desde luego) para impedir que Serbia, que no había agredido a otro Estado pero se hallaba liquidando a sus habitantes de origen albanés, ejecutase un genocidio. La definición de “legitimidad” internacional es

³⁰ *Ibid.*

complicada y flexible porque en verdad se trata de un concepto maleable y equívoco. Cuando Washington invadió a Irak el Canciller francés aseveró que tal acción sólo podía legitimarse si se basase en “la unidad de la comunidad internacional”. Cabe entonces preguntarse: ¿cómo se define tal unidad?, ¿y cómo lograrla? China, Rusia, y los propios europeos no estaban dispuestos a hacer nada y preferían dejar en el poder a Saddam Hussein. ¿Y entonces, qué opción le restaba a Washington?

La pasividad era impensable, y la mera venganza habría sido miope y contraproducente. A mi modo de ver, y a pesar de que la polémica en torno a la guerra de Irak y la satanización de Bush por parte de buena parte de los medios de comunicación occidentales, todavía dificultan una evaluación ponderada de lo ocurrido, la respuesta de Washington a los ataques de septiembre de 2001 se sustentó en una apreciación atinada de lo que estaba en juego. Los decisores en Washington entendieron que la destrucción de las Torres Gemelas y el ataque al Pentágono no eran meramente la obra de un grupo de fanáticos sin raíces y aislados, sino la expresión de una crisis profunda en el mundo árabe-islámico. De allí que la respuesta fue mucho más allá de una retaliación o una acción policíaca, e hizo frente, conceptual y operacionalmente, al reto crucial de *emprender un proceso de cambio para transformar las condiciones sociopolíticas e ideológicas que motivaron los ataques.*

Dicho en otras palabras, el gobierno de Bush, impulsado por el impacto de un desafío que no había previsto, que le tomó por sorpresa y le obligó a cuestionar todas las premisas con las que había llegado al poder, optó por llevar a cabo una compleja y exigente empresa: Nada menos que procurar la transformación de las condiciones estructurales y culturales de amplios sectores de un mundo, el árabe-islámico, para abrirle a la modernización, traducida en democracia, libertad individual e igualdad de géneros. Sólo si se entiende la magnitud de lo que Bush y sus asesores procuraron hacer es posible juzgar con equilibrio el curso posterior del proceso y sus efectos, que aún están desarrollándose ante nuestros ojos (por ejemplo, en Irán). Se trató de una respuesta ambiciosa, pero no inédita. La Segunda Guerra Mundial cambió a Alemania y Japón, que

dejaron de ser sociedades cerradas, jerarquizadas y militaristas para convertirse en repúblicas democráticas. Esos ejemplos son útiles para tener presente que no es cierto que las sociedades no pueden cambiar por la fuerza, y tal vez los mismos estaban en las mentes de Bush y sus consejeros cuando decidieron invadir Irak. Lo cierto es que se trató de una respuesta mucho más amplia de lo que seguramente el pueblo norteamericano estaba preparado a respaldar a largo plazo. Era una respuesta riesgosa, pero como en su momento apuntó Charles Krauthammer, era la única respuesta sustentada en una visión coherente y ajustada a la severidad del desafío.³¹ ¿Qué alternativa quedaba? La venganza pura y simple, como ya indiqué, era miope e inútil, y reducir el reto planteado por el fundamentalismo islámico a un mero asunto policial, a ser manejado por el FBI y controlado con algunas medidas de seguridad en los aeropuertos internacionales, hubiese puesto de manifiesto una mediocridad y abdicación de responsabilidades casi criminal.

Insisto: el mensaje de las Torres Gemelas no fue que unos pocos fanáticos se habían atrevido a realizar un ultraje, sino que amplios sectores del mundo árabe-islámico se habían convertido en el caldo de cultivo de un enfrentamiento radical e implacable contra Occidente y sus valores, condenando a millones de personas o bien a permanecer sumidas en la opresión, o bien a lanzarse a la aventura de un conflicto con el mundo democrático y capitalista que podría concluir en enorme devastación para una civilización entera. En tal sentido, y como no se ha cansado de repetirlo uno de los más lúcidos intérpretes del significado del 11 de septiembre y de la crisis cultural islámica, la continuación de ataques como los de las Torres Gemelas, u otros de todavía mayor escala y poder destructivo, ataques que quizás se han evitado pero que podrían ocurrir, tienen el potencial de generar una reacción extrema en una sociedad norteamericana que por primera vez experimentó semejante carnicería en 2001.³² Cabe tan sólo imaginar qué respuesta exigiría el electorado norteamericano a sus líderes si, cosa no descartable, terroristas islámicos

³¹ Charles Krauthammer, *Past the Apogee: America Under Pressure*, realclearpolitics.com, December 18, 2006

³² Me refiero a Lee Harris. Recomiendo la lectura de dos de sus estudios principales, fácilmente accesibles en Internet: *Al Qaeda's Fantasy Ideology* y *Our World-Historical Gamble*. Igualmente de su libro: **Civilization and Its Enemies** (New York: Free Press, 2004).

hacen detonar una bomba atómica en alguna de las grandes ciudades de Estados Unidos, o desatan masivos ataques químicos o biológicos. Al Qaeda y otros grupos fundamentalistas han amenazado sistemáticamente con este tipo de ataques, y la experiencia sugiere que es necesario tomarles en serio.

Ahora bien, las invasiones a Irak y Afganistán, y en general todo el proceso conocido en años recientes como “guerra contra el terror”, debe ser ubicado para su adecuada comprensión en el marco de las motivaciones y propósitos antes descritos: No se trató de una venganza sino de un proyecto extraordinariamente ambicioso, pero que en modo alguno puede ser descalificado como carente de sentido. Las dificultades y errores cometidos en Irak luego del éxito inicial de una brillante ofensiva militar, que acabó con una de las más férreas y crueles dictaduras del Medio Oriente, no deben ocultar que Bush, con encomiable tenacidad, procuró corregir los errores, y hoy presenciamos poderosos vientos de cambio en una región que parecía destinada a algún tipo de gran desastre histórico. De ninguna manera niego que una tragedia semejante podría lamentablemente tener lugar, pero a la vez resulta indispensable destacar que en Irak hay un proceso importante de cambio político en marcha, así como en Irán y otras partes, lo cual no está desvinculado de la presencia de un ejército estadounidense en el propio corazón de la civilización islámica.

Desafortunadamente, el costo material y humano, y la duración de una empresa de la magnitud que concibieron Bush y sus asesores entre 2001 y 2002, requerían de un apoyo interno sólido y perseverante de parte del electorado estadounidense. Pero estamos hablando de un electorado acostumbrado a resultados rápidos y eficaces, y al que no se le explicó con la necesaria claridad y poder persuasivo el significado de lo que estaba en juego. El mismo hecho de que no se han repetido ataques masivos en EEUU, tal vez gracias a la eficacia de las políticas de Bush, ha debilitado el recuerdo de los sucesos del 11 de septiembre de 2001, así como la sensación de amenaza inminente y grave que entonces se sintió. De paso, hay que admitir que Bush careció de las dotes retóricas que una empresa como la que concibió requería, a objeto de explicar convincentemente a su pueblo la direccionalidad de sus

acciones y el sentido de los sacrificios que tales acciones exigían. Por lo tanto, la campaña electoral de 2008 sacó a la luz tanto las divisiones que la “guerra contra el terror” había generado en EEUU, así como una genérica e inasible, pero no por ello irreal, aspiración a un “cambio”, que se concretó en la victoria de Barack Obama. ¿Qué significa Obama para Estados Unidos y Occidente, y para el panorama estratégico mundial en su conjunto?

¿Dónde estamos ahora? La retirada estratégica de Washington y sus implicaciones.

El pasado 12 de febrero de 2009, el recién designado Director Nacional de Inteligencia de EEUU, Sr. Dennis Blair, afirmó en una interpelación ante el Congreso norteamericano que la actual crisis financiera que aflige al capitalismo constituye una seria amenaza a la seguridad global, y “la preocupación primordial en el cercano plazo para Estados Unidos”. Las palabras de Blair, que reflejaban el impacto de la explosión de la burbuja inmobiliaria y el retroceso de Wall Street, acentuaron la generalizada percepción según la cual la superpotencia norteamericana ha entrado en un ciclo de deterioro, que erosiona su posición global en el escenario geopolítico, y que según algunos pronto le conducirá a perder su lugar de preeminencia.³³

Cabe en tal sentido señalar que el “declinismo”, como perspectiva a través de la cual apreciar el papel de EEUU en el mundo, existe desde hace décadas y se ha convertido en una especie de industria académica. Luego de que la URSS lanzó el satélite *Sputnik* en 1957, la misma CIA aseguró que la economía soviética triplicaría a la norteamericana en el año 2000.³⁴ Exactamente un año antes de la caída de la URSS y de que Estados Unidos se anotase su gran victoria en la Guerra Fría, el historiador Paul Kennedy, de la Universidad de Yale, aseguraba que EEUU se hallaba en decadencia, y que en todo caso los soviéticos no permitirían “graciosamente” el fin de su imperio.³⁵ Cabe recordar también los muy exagerados y desatinados pronósticos que en

³³ En esta línea argumental puede consultarse el reciente libro de Fareed Zakaria, **The Post-American World** (New York: W.W. Norton & Co., 2009).

³⁴ Alan Dowd, *Three Centuries of American Declinism*, realclearpolitics.com, August 27, 2007

³⁵ Paul Kennedy, **The Rise and Fall of the Great Powers** (NY: Random House, 1987), p. 514

su momento se hicieron con relación al presunto “superimperio japonés”, así como al papel de la denominada “Europa unida” en el mundo. Pronósticos similares se hacen hoy sobre China y la India. Lo que éstos y otros ejercicios parecidos enseñan es, de un lado, que el pronóstico político y estratégico es una labor llena de dificultades, que debe ser llevada a cabo con prudencia. Por otro lado, el “declinismo” aplicado a Estados Unidos ha adolecido de modo específico de un exceso de concentración en factores materiales, en detrimento del crucial aspecto *espiritual*, de la “cualidad de carácter” o “energía personal” mencionadas por García-Pelayo, factores que forman parte fundamental de cualquier ecuación de poder. Hoy sigue cometándose este error, tanto por parte de los que sostienen que, en efecto, EEUU ha ingresado a una fase de declinación, como de los que argumentan que tales apreciaciones son exageradas y equivocadas.³⁶ Tales estimaciones se focalizan en los índices económicos, factores demográficos, y equipos y recursos militares en general, pero poco toman en cuenta los llamados “factores intangibles” del poder, en particular la capacidad y disposición moral, aptitud espiritual, convicción y firmeza de principios para emplear con asertividad esos recursos materiales.³⁷ Señalo al respecto que en uno de sus trabajos, García-Pelayo procuró realizar una “estratificación de las potencias desde el punto de vista tecnológico-militar”, pero siempre alertando acerca de la relevancia de esos otros factores intangibles, que no son susceptibles de reducción a meros índices numéricos y comparaciones estrictamente materiales.³⁸

En nuestros días, a raíz de la guerra de Irak y la crisis económica, el “declinismo” ha vuelto por sus fueros y no pareciera que las lecciones del pasado hayan sido asimiladas. Si bien estaría de acuerdo en que, en lo que tiene que ver con Estados Unidos, no pocos de los actuales pronósticos pesimistas pecan de una seria subestimación de las graves vulnerabilidades que de igual manera aquejan a sus competidores, como China, Rusia, Japón y Europa, también es verdad que a buen número de analistas les pasa casi

³⁶ Por ejemplo, David Kampf, *Not So Fast: Rethinking America's Decline*, worldpoliticsreview.com, 07 May 2009; Steve Yetiv, *Reports of America's Decline Are Greatly Exaggerated*, csmonitor.com, March 3, 2009; Charles Krauthammer, *Don't Believe the Hype. We're Still # 1*, **Time**, February 5, 2006

³⁷ Sobre este punto recomiendo el texto de Juan Carlos Rey, *Estudio del poder*, **Temas del IAEDEN**, Caracas, 1988, # 5, pp.121-135

³⁸ García-Pelayo, *Defensa nacional y problemas estratégicos...*, pp. 2848-2850

completamente desapercibido el factor moral, espiritual, o de “energía personal”, a la hora de evaluar el panorama estratégico internacional. No cabe duda que Rusia padece gravísimos problemas económicos, demográficos, ecológicos y socioculturales en un sentido amplio,³⁹ y que cualquier estimación objetiva de China y Japón refleja severas fragilidades en planos fundamentales de la existencia colectiva de esas naciones.⁴⁰ Lo mismo puede decirse en lo que toca a Europa y sus crecientes dificultades, que ahora incluyen un perceptible ascenso de partidos y movimientos de corte e inspiración fascista.⁴¹ Dicho todo esto, no obstante, y enfatizando nuevamente que el tema de la posición de los principales actores en el panorama estratégico actual es una cuestión relativa y no absoluta, considero importante señalar que a mi modo de ver las cosas, Estados Unidos ha ingresado, en efecto, a una etapa de declinación en su peso y proyección geopolítica global, declinación que se debe primordialmente a factores internos, y que se manifiesta en tres aspectos: A) La renuencia a reconocer que la guerra de Irak, y más en general la “guerra contra el terrorismo”, se ha anotado significativos éxitos, que podrían ser el preludio de importantes y favorables cambios en el mundo árabe e islámico (incluido en este ámbito Irán). B) El paulatino abandono de la empresa de democratización del mundo islámico. C) La pérdida de autoconfianza en los valores y principios propios, y la tendencia a proyectar el multiculturalismo y relativismo domésticos a nivel global, asumiendo que el respeto hacia otras culturas implica la valoración equivalente de las mismas.

No deseo repetir los tropiezos de los que ven a EEUU con el prisma “declinista”, asumiendo tal perspectiva como una especie de *actitud cultural pesimista*.⁴² Por el contrario, así como pienso que Estados Unidos transita un período de declinación relativa, debido a una pérdida de autoconfianza

³⁹ Consúltese sobre ello: Nicholas Eberstadt, *Drunken Nation: Russia's Depopulation Bomb*, **World Politics**, Spring 2009; Federico Varese, *Russian Conundrum: Growing Economy, Failing Society*, **Dissent**, Spring 2007; Murray Feshback, *Behind the Bluster, Russia is Collapsing*, **washingtonpost.com**, October 5, 2008

⁴⁰ Véase, W. Russel Mead, *The Great Fall off China*, **latimes.com**, December 30, 2007; Jacques Leslie, *The Last Empire: China's pollution Problem Goes Global*, **motherjones.com**, December 10, 2007.

⁴¹ Clive Crook, *Europe*, **Foreign Policy**, July/August 2007; Christopher Caldwell, *Fear Masquerading as Tolerance*, **Prospect Magazine**, # 158, May 2009

⁴² Acerca de esta riesgo, véase el excelente artículo de Arthur Herman, *The Pessimist Persuasion*, **The Wilson Quarterly**, Spring 2009, pp. 59-66

inducida por unos medios de comunicación dominados por el relativismo, la ideología socialista, la tendencia a la autoflagelación y la ausencia de perspectiva sobre el papel esencialmente positivo de EEUU en el mundo (punto que retomaré más tarde), considero de igual forma que esta etapa será breve, dura pero breve, y que los retrocesos que se avecinan para Washington y Occidente producirán severas lecciones y una honda rectificación. Es más, creo que si Kissinger tiene razón cuando asevera que la historia “enseña por analogía, no por identidad”,⁴³ entonces la etapa que hoy vivimos es análoga en elementos básicos a la experimentada por EEUU en tiempos de Carter, tiempos que luego resultaron en la reacción reaganista. Insisto: no estoy pronosticando que esto ocurrirá necesariamente así, y ya hemos visto los peligros que acarrea este tipo de ejercicio intelectual; sin embargo, sí me atrevería a sostener que nos hallamos ante tendencias que permiten especular con sensatez, tanto sobre lo que percibo como una decadencia moral o espiritual en las “energías personales” del liderazgo estadounidense, como con relación a un posible viraje de tales tendencias, luego de un lapso prudencial.

En siglos anteriores, pensadores de la talla de Botero captaron que “es raro que fuerzas externas arruinen a un Estado, que no haya sido en primer lugar corrompido por factores internos”; y Gibbon, por su parte, sostuvo que la decadencia romana se debió a un “lento y secreto veneno...que se introdujo en los órganos vitales” del Imperio.⁴⁴ Pienso que este énfasis en los factores internos debe aplicarse igualmente a la situación actual de los Estados Unidos, con gran incidencia en el panorama estratégico global. No se trata de que EEUU esté “sobreextendido”, como algunos han argumentado;⁴⁵ el problema no tiene fundamentalmente que ver con la economía o el despliegue militar y su costo, sino con factores espirituales o, si se quiere, “morales”. En mi opinión, Barack Obama fue electo Presidente como consecuencia de la decisión, posiblemente temporal, del pueblo y las élites estadounidenses *de abandonar*

⁴³ H. A. Kissinger, **A World Restored** (London: Victor Gollancz Ltd., 1977), p. 331

⁴⁴ Citados por Peter Burke, *Tradition and Experience: The Idea of Decline from Bruni to Gibbon*, **Daedalus**, Summer 1976, pp. 142, 149

⁴⁵ Véase, Charles Kupchan, **The End of the American Era** (New York: Vintage Books, 2002). De hecho, y contrariamente a esta impresión, en los años cincuenta del pasado siglo, por ejemplo, EEUU tenía 3.4 millones de soldados bajos las armas, que representaban 2.1% de una población de 160 millones de habitantes. Hoy, EEUU tiene 1.4 millones de soldados para una población de 300 millones, y sólo 350.000 de estas tropas se encuentran desplegadas en el extranjero.

la etapa de asertividad militar, compromiso político y ofensiva estratégica contra las amenazas a su seguridad nacional posterior al 11 de septiembre de 2001, y de dar inicio a una etapa diferente, de retirada estratégica y “contención” (en lugar de buscar su derrota) de los enemigos de EEUU y Occidente. Dicho en otras palabras, la elección de Barack Obama ha sido expresión de un hecho clave: las élites y el pueblo norteamericanos han perdido, quizás temporalmente, la fortaleza espiritual que les condujo, durante las pasadas seis décadas, a construir el llamado “imperio americano”, y ahora se aprestan a ejecutar una amplia retirada estratégica. Esas élites y ese pueblo han visto disminuir su “cualidad de carácter”, y si bien es cierto que una serie de circunstancias objetivas, entre ellas la crisis económica, les aconsejan prudencia, tales circunstancias sólo se harán más apremiantes debido al declive de su autoconfianza y el debilitamiento de su ánimo.

Dentro de este contexto la figura de Obama juega un muy importante papel. Durante sus primeros meses en el gobierno, Obama ha puesto en evidencia una marcada tendencia a criticar el pasado histórico de EEUU en general, y la política exterior y de seguridad que le ha precedido en particular. Sería demasiado largo enumerar acá los focos de cuestionamiento a los que Obama ha hecho referencia en los constantes discursos que pronuncia, a lo que se suma su propensión a solicitar disculpas de otros por las acciones u omisiones de su país. Todo ello pone de manifiesto, en mi opinión, que Obama realmente asume la narrativa antiamericana que es común, para citar un caso ilustrativo, entre la izquierda europea, y que atribuye a Washington la mayor parte de los males del mundo, olvidando convenientemente la propia historia moderna de Europa y el papel crucial de EEUU en la defensa de la democracia y la libertad del viejo continente y otras partes. Si EEUU debilitase o abandonase su protección del Japón, Corea del Sur, Israel y la propia Europa, las tensiones y conflictos lejos de disminuir se agravarían exponencialmente, y esos países buscarían rearmarse, posiblemente con armas nucleares (Japón, Corea del Sur y Alemania, por ejemplo). Con su crítica sistemática a su propio país y su historia, su propensión a actuar con condescendencia frente a los declarados enemigos de EEUU y con severidad ante sus aliados (como Israel), su aparente creencia en una especie de poder mágico de las palabras, su apego

al multiculturalismo relativista que pretende equipararlo todo, y su abandono de la política asertiva de promoción de la libertad y la democracia, Obama en ocasiones se presenta como un líder que o bien no cree firmemente en nada, o bien lo que cree garantiza que EEUU, en sus manos, experimentará una seria erosión de su posición estratégica.⁴⁶

En tal sentido Obama es una especie de anti-Reagan. Este último exaltaba el llamado “excepcionalismo” norteamericano, defendía a su país y enarbolaba sus valores de libertad y democracia como un estandarte universal; Obama, por el contrario, cuestiona con evidente deleite a su país, ha dicho explícitamente que no cree en excepcionalismo alguno, y ha llevado las cosas hasta el punto en que los valores que EEUU ha procurado encarnar internacionalmente ahora resultan no tanto cuestionables, sino inocuos o al menos equivalentes a los de, por ejemplo, los promovidos por el islamismo en su dimensión política.

En su discurso en El Cairo Obama adoptó, seguramente sin proponérselo de manera deliberada, la narrativa de un Osama Bin Laden, un Mahmoud Ahmadinejad y de Hamas, de acuerdo con la cual el mundo se divide según creencias religiosas, y dentro de ese marco el Islam constituye una unidad política, cuando en verdad está compuesto por diversas naciones con dinámicas cambiantes. Al asumir esta visión de la civilización islámica y su expresión política, exaltando sus valores, Obama envió un mensaje “realista” de acuerdo con el cual la democracia y la libertad no sólo no son necesariamente “islámicas”, sino que de paso EEUU no se siente obligado a promoverlas en ese ámbito político-cultural.⁴⁷ Esta actitud, que deja de lado la política de “secar el pantano” en el cual crecen la opresión y el atraso de

⁴⁶ Mientras redactaba estas páginas me topé con este pasaje de Goethe, en conversación con Eckermann: “Todas las épocas decadentes y amenazadas de disolución son subjetivas, en tanto que las épocas de progreso tienen una dirección objetiva... toda aspiración fuerte va de dentro a fuera, del alma al mundo, como puede (comprobarse) en todas las grandes épocas que de veras marchaban hacia delante...” J. P. Eckermann, **Conversaciones con Goethe** (Buenos Aires, Editorial Jackson, 1949), p. 139. Obama, diría yo, es “subjetivo” en cuanto que es un relativista multicultural. Reagan, en cambio, se proyectaba “del alma al mundo” mediante una clara jerarquía de valores. Cabe transcribir acá otra cita, esta vez de Chateaubriand, que también hallé en la obra de Márai: “el poder que se degrada y empieza a regatear con sus enemigos nunca obtendrá clemencia”, **¡Tierra, tierra!**, p. 182

⁴⁷ Sobre este punto, consúltese el excelente artículo de Amir Taheri, *Barack Obama is Blind to his Blunders Over Islam*, **The Times**, June 2, 2009

amplios sectores del mundo árabe-islámico, se sustenta en la creencia de que los árabes y en general el mundo islámico son impermeables a la democracia y no valoran como otros la libertad del ser humano, o que en todo caso “no están preparados” para vivir libremente. Semejante postura pierde de vista, de un lado, que la política de “secar el pantano” fue impuesta sobre EEUU a partir del 11 de septiembre de 2001, y por otra que durante décadas Washington apoyó a tiranos en esa parte del mundo, respaldó regímenes oprobiosos, y concedió prioridad casi absoluta a la estabilidad por encima de la libertad y la democracia, y lo que logró con todo ello fueron cinco guerras entre Israel y los árabes, guerras civiles en el Líbano y Yemen, golpes militares en una decena de países árabes, la revolución islámica de los Ayatolas en Irán, y dos guerras entre EEUU y el Irak de Saddam Hussein.

Barack Obama está nuevamente concediendo prioridad a la estabilidad sobre el cambio democrático; de allí que los eventos en Irán, que siguen desarrollándose con celeridad mientras redacto estas líneas, no sólo han tomado por sorpresa a Washington, sino que Obama ha llegado a afirmar que tanto Ahmadinejad como Mousavi, su contrincante y líder de la corriente que hoy está conmoviendo los cimientos de la teocracia Jomeinista, “son lo mismo”. Con base en semejante actitud Obama ha pretendido distanciarse de los rebeldes que ocupan las calles de Teherán y otras ciudades iraníes, y al menos hasta el momento en que escribo, cuando ya han pasado diez días desde las elecciones fraudulentas del 12 de junio de 2009, Washington ha sido incapaz de pronunciarse con claridad y contundencia a favor de los ímpetus democráticos que se extienden en Irán. Ese presunto “realismo”, que en el fondo disfraza una cada día más obvia y peligrosa retirada estratégica, y el gradual abandono de principios y políticas comprometidas con la libertad, busca en el caso particular de Irán una negociación con el régimen imperante, que permita a Obama admitir la conversión de ese país en un poder nuclear, minimizando los costos domésticos (en EEUU) e internacionales de este hecho. En tal sentido, y si bien es muy difícil siquiera medianamente vislumbrar ahora hacia dónde pueden dirigirse los acontecimientos en Irán, me parece que, pase lo que pase y sean quienes sean los que obtengan la victoria y se queden con el poder, el programa nuclear iraní proseguirá su rumbo hasta la

opción militar, a menos que se produzcan cambios internos que lleven al gobierno a un régimen dispuesto a abandonar ese último paso de la cadena atómica, a cambio de mejores relaciones con Washington y Occidente. De allí que resulte un serio error de Washington no respaldar de modo claro y asertivo los vientos de cambio en Irán, y el argumento según el cual semejante línea podría ser utilizada por la teocracia Jomeinista para reprimir al sector reformista es absurdo, pues ya lo está reprimiendo a pesar del silencio de Obama.

Los eventos en Irán tienen lugar de modo especialmente oportuno para enriquecer la argumentación desarrollada en esta charla, que ahora debo concluir.

En resumen, considero que el actual panorama estratégico mundial presenta como rasgo fundamental de las principales tendencias que definirán el escenario global, el viraje de Washington desde una estrategia ofensiva a un proceso de retirada estratégica. Si tomamos en cuenta el crucial papel de Estados Unidos en la conformación del orden global, la contracción del esfuerzo de seguridad norteamericano y el debilitamiento de la política de promoción de la democracia tendrán importantes efectos en Asia, el Medio Oriente y Europa. Para Japón y Corea del Sur, para Israel, y para países como Polonia, Ucrania y la República Checa, el repliegue de Washington implica enfrentar las renovadas ambiciones de China, Corea del Norte, el radicalismo árabe y Rusia, respectivamente, sin la protección que un Bush, por ejemplo, les ofrecía. De la “guerra preventiva” de Bush estamos pasando a una especie de “capitulación preventiva”⁴⁸ de Washington y Occidente con relación a asuntos clave de la seguridad global, como entre otros los programas nucleares coreano e iraní, el despliegue de sistemas anti-misilísticos en Europa del Este, y la creación de un Estado palestino, posiblemente dominado por Hamas, a las puertas de Israel. La retirada estratégica de Washington es producto de un debilitamiento espiritual, y si bien EEUU sigue poseyendo un inmenso *stock* de lo que García-Pelayo denominó “energía objetivada”, de lo que ahora carece es de la voluntad para emplear asertivamente ese hipotético poder. Las marchas y

⁴⁸ Este es el título de un lúcido reportaje recientemente aparecido en la revista spiegelonline.com, April 30, 2009

contramarchas que esa voluntad política experimente en adelante, serán determinantes para encaminar la historia de nuestros días.